

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

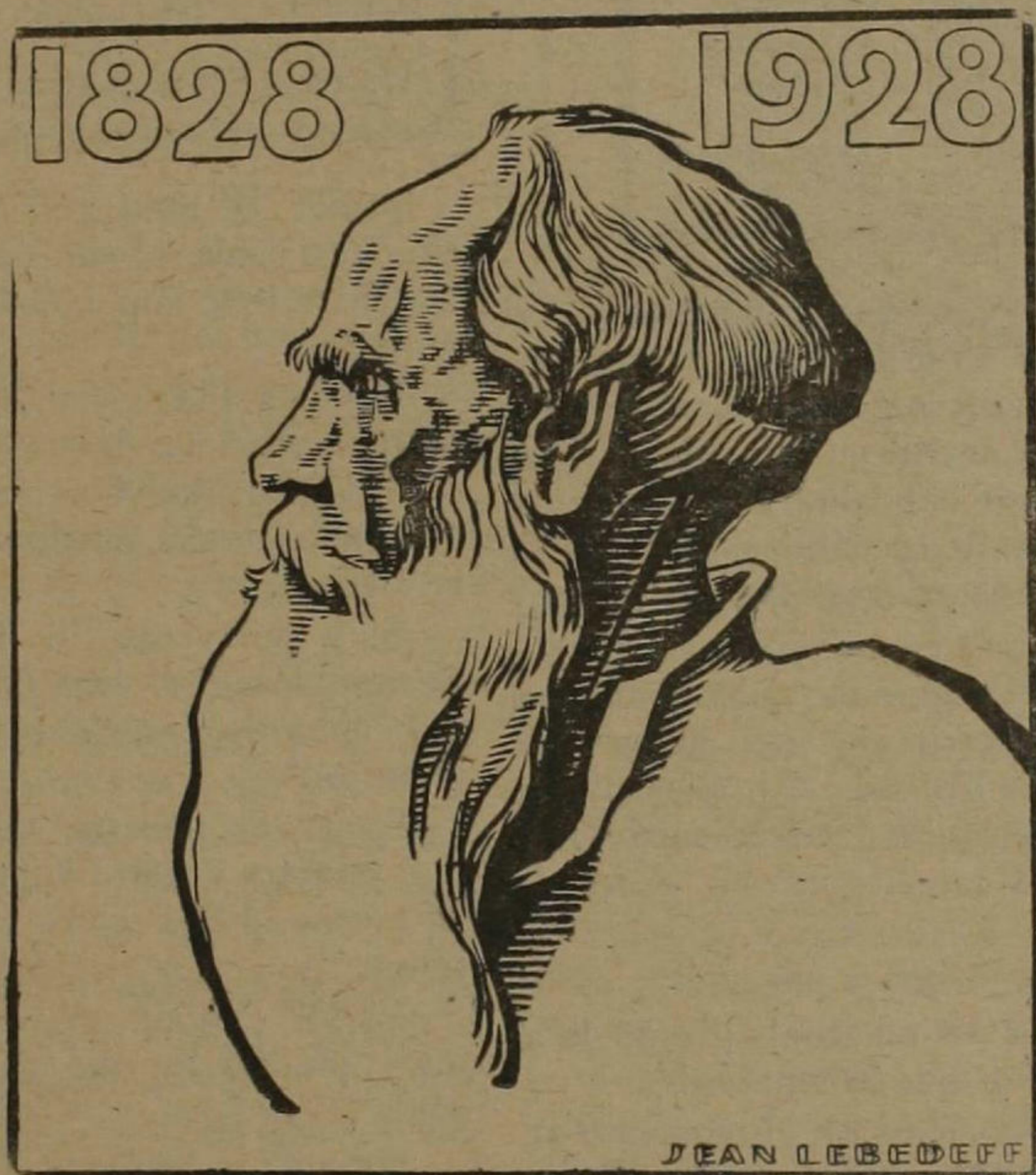
San José, Costa Rica

1958

Abril

Nº 4

Año 36 — Nº 1184



León Tolstói

Meditando sobre Tolstói y el Arte

Por Ricardo ULLOA BARREÑECHEA

(En Rep. Amer.)

Una vez leída la obra *Qué es el Arte*, del viejo Tolstói, se apoderó de mí una inmensa inquietud, la inquietud de conocer la vida de Tolstói.

Era necesario buscar, ahondar, encontrar el cómo y el por qué del genio ruso que había dicho: la Novena Sinfonía separa a los hombres y los deshumaniza.

Me preguntaba cuál sería su verdadero concepto de las cosas y desde donde partiría la luz, acariciadora luz de su firmamento.

El autor de *Ana Karenina* y de *Guerra y Paz* se nos ha mostrado íntegro, genial, dionisiaco.

Mas, la estrella negaba la luz, aún más, renunciaba a su cielo y a sus rayos.

¡Negaba! ¡Negaba! ¡Negaba! ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué!

¡Qué sentía! ¡A qué aspiraba! ¡Qué temía! ¡Por qué negaba!

¡Qué estulticia telúrica asediaba su interioridad!

¡Qué requería su corazón présago y su humanidad de galeotes!

Así, en una tarde invernal de Madrid, este Madrid de Madrid y de España, vino a mis manos el hermoso libro de Romain Rolland reflejo del alma y sentir de ese ruso profeta.

Nunca me había imaginado de modo tan palpable la grandeza de su corazón, la fortaleza de su espíritu, el ideal angustioso de su vida, su franca enormidad, ¡vamos, la ardorosa fuente de su realidad!

Acá, precisamente acá, en estas páginas de Rolland, una verdad afloraba inquietante, casi inefable si hemos de aducir razones del corazón,

Tolstói quería amar. Amar a la humanidad. A esa humanidad cotidiana, diaria, despojada de todo relieve, a esa humanidad tal como es. Así nos decía: «Amar a los seres que no se conocen, que no se encontrarán jamás, eso es muy fácil. No hay necesidad de sacrificar nada. Y al mismo tiempo uno está contento de sí. No, es preciso amar al prójimo, aquel con quien se vive y os molesta».

Así es, quería sacrificarlo todo, hasta su ser y vida individual por ese amor a la humanidad. Luego, buscó en sus últimas obras un lenguaje popular, quería llegar a todos, no negarse a nadie, ser universal en el pueblo ruso, ser él mismo ese pueblo que sentía y amaba.

Veamos por partes lo esencial del problema.

Tolstói negaba. Negaba un arte de escogidos. Beethoven era el sordo de la música enfermiza.

Pero, ¡fijémonos! ¡fijémonos! ¡fijémonos!

Negaba siendo él mismo estrella de seres verdaderos. Negaba no pudiendo huir de esa fuerza extraordinaria y poderosa que es la genialidad. Negaba siendo definitivamente él mismo parte activa de esa negación.

Negaba siendo genio y hombre verdadero y realmente su amor no era cotidiano ni simple.

Era el sentir de un genio, de un hombre, de un profeta, de casi un Dios. Amaba así porque existía profundamente, si es que hay un existir de altos y de bajos.

No comprendía que ese amor, su amor de humanidad, ya no era humano; era un profeta de sin igual corazón que se hendía en su propia cruz de humanidad.

Su amor no era simple. No era un amor al alcance de todo el pueblo ruso. Era un amor tan individual, tan intenso e íntimo a su mundo, como el amar a los seres que no se conocen.

Era el amor de un genio que llevaba la primavera dentro de sí y la deseaba para todos los corazones. Mas olvidaba, no sólo cuán distinto es ca-